



**Cómo robé la manzana  
más grande del mundo**

**Fernando Lalana**

Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2022, Fernando Lalana, por el texto  
© 2022, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Marc Torrent  
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2022  
ISBN: 978-84-8343-815-2  
Depósito legal: B-334-2022  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

## 1. EL AÑO DE LA EPIDEMIA

**T**odo esto ocurrió, o al menos así es como lo recuerdo, durante el verano del año de la epidemia, que, como todo el mundo sabe, fue 1967.

Yo estuve entre las decenas de miles de contagiados. Lo pasé mal. Semanas de fiebre alta, de malestar, de desasosiego. Con una mascarilla conectada a una bala de oxígeno siempre al lado de mi cama, por si me faltaba la respiración, aunque lo que nunca me faltaba era el miedo.

Sin embargo aquello también tuvo un lado bueno, un arranque de arcoíris, porque conocí el placer de leer durante los casi cuatro meses de hospital sin más entretenimiento que los libros que mis padres me conseguían a un ritmo mucho menor del que yo los devoraba. Por suerte, había una enfermera que colaboraba en mi abastecimiento literario y de cuando en cuando me traía algunos volúmenes de su propia biblioteca. Se llamaba Susana. Por ella conocí a H. G. Wells y a H. P. Lovecraft. Ahora que lo pienso, tal vez le gustaban

en especial los escritores cuyo hombre empieza por hache y punto; pero no, porque también me presentó a Ray Bradbury y a Zane Grey, que no tienen ninguna hache. Yo ya había leído algunas obras de Verne, de Salgari, de Poe, de Mark Twain y de otros autores, digamos, asequibles. Pero Susana parecía empeñada en ampliar mis gustos literarios. Una tarde apareció al principio de su turno con un libraco así de gordo. Mil doscientas páginas. ¿Cuánta gente conocéis que, de verdad, de verdad, se haya leído *Guerra y paz* de pe a pa? Pues yo me lo leí dos veces. Seguidas. Llegar a la última página y empezar de nuevo. Mi tío Ramón, que era hermano de mi padre, también quiso aportar su granito de arena y me traía novelitas de quiosco, *westerns* mínimos firmados por un tal Silver Kane que a él le encantaban. Me duraban apenas un par de horas y debí de leerme unos cincuenta en aquellos días. No podía imaginar que, tras aquel seudónimo pseudoamericano, se escondía Francisco González Ledesma, que se convertiría con los años en uno de mis autores preferidos de género negro.

A mediados de mayo me dieron el alta. Seis días antes había muerto mi tío Ramón. Me dijeron que había sufrido un ataque al corazón, pero yo siempre he sospechado que se contagió del virus de tanto venir a traerme sus novelitas del oeste.

## AIRE PURO

8

Los médicos dijeron que mi recuperación dependía mucho del aire puro y que, si era posible, me alejase de la ciudad y me fuese una temporada al campo o, mejor aún, a la montaña.

Que cogiese altura y oxígeno. Y eso que, en aquel tiempo, lo de la contaminación apenas les importaba a cuatro visionarios.

Total, que el día en que me tocaba salir del hospital apareció mi madre con una maleta y me dijo que, sin pasar siquiera por casa, me iba a llevar a la estación de autobuses y me iba a meter en uno que me conduciría a Congedo.

—¿Te acuerdas de Congedo?

—Sí, claro que me acuerdo. Es el pueblo de la abuela Maravillas.

—Allí estarás bien y te recuperarás. Los bosques, la tranquilidad, el río aquel tan limpio... Había incluso un balneario de aguas sulfurosas.

—Ferruginosas. Las aguas del balneario eran ferruginosas, no sulfurosas.

—Ah, bueno, tanto da... En todo caso, es un buen sitio para recuperar la salud.

Recordaba con claridad el detalle de las aguas ferruginosas, pero muy vagamente el propio pueblo, esa es la verdad. Había pasado en Congedo tres medios veranos con mi madre y mis hermanos, hacía ya unos años. Me volvieron a la mente imágenes como de tarjeta postal: un par de torres con campanario, un par de calles, un par de rostros... y también un par de nombres, Telmo y Ramiro, dos chicos del pueblo con los que jugaba entonces, porque mis hermanos eran demasiado pequeños para mí y solo los aguantaba durante un rato.

—¿Tú no vienes?

Mi madre negó con la cabeza.

—Tengo que cuidar de tus hermanos. Además, la abuela y yo ya sabes que no nos llevamos bien. En cambio, a ti te adora.

–¿En serio? Por eso no nos hemos visto desde hace... ¿cuánto? ¿Seis años?

–Eso son cosas de la familia. No tiene nada que ver contigo. Iremos todos a verte un domingo, en cuanto podamos. Será pronto, ya lo verás.

Como teníamos tiempo sobrado, mi madre me propuso ir caminando hasta la estación de autobuses.

–Si crees que puedes hacerlo, claro. Si estás demasiado débil, podemos coger el tranvía o un taxi.

–Podré. Estoy bien.

–Yo te llevo la maleta.

Echamos a andar. Había crecido al menos cuatro dedos durante mi estancia en el hospital y la ropa me venía corta y, al tiempo me sobraba de ancho, porque también había adelgazado. Debía de tener una facha espantosa y pensaba que todos los transeúntes me miraban, así que me sentía morir de vergüenza. No era así, por supuesto. Nadie se fijaba en mí. Tan solo yo, que lo hacía de reojo en los escaparates de las tiendas de novedades, sin apenas reconocermme en aquella silueta desgarrada.

Llegamos en veinte minutos a las cocheras de La Numantina. Mi madre se acercó a la taquilla para sacar el billete y yo me quedé en pie, junto a mi maleta y un anuncio de limpiacristales Netol.

–Aquel es tu autobús –dijo ella al regresar, señalando un Pegaso azul y blanco–. Sale en media hora, así que nos da tiempo de ir al bar. Te compraré un bocadillo de jamón, para que te lo comas durante el viaje.

–En realidad, tengo hambre ahora.

–¿Sí? Eso es muy buena señal. Entonces, vamos a comer

algo ya, que también a mí me apetece. ¿Un pincho de tortilla de patata y un Kas de naranja?

–Vale. ¿Tampoco viene papá a despedirme?

–Tu padre está en el trabajo y no puede faltar; pero te manda un beso grande.

–Podíamos haber comido juntos, al menos.

Mi madre miró al suelo.

–Lo estuvimos pensando, pero... al final, decidimos que lo mejor era que salieses cuanto antes hacia Congedo. Los médicos, en fin, ya sabes, en realidad no están seguros de nada.

Entendido. Todos estaban cagaditos de miedo con la posibilidad de contagiarse de mi enfermedad.

El pincho de tortilla estaba de muerte. Y no era una ración miserable, sino medio cuarto de una tortilla enorme y gordísima. Además, me llevé el bocadillo de jamón envuelto en papel de estraza y una botella de medio litro de agua del Vichy Catalán.

Por fin, al pie de la escalerilla del autobús, mi madre me abrazó fuerte y me dio un beso que me marcó la mejilla de carmín.

–¿Cuánto dura el viaje? –pregunté por preguntar.

–Unas tres horas y media.

–Caray...

–Es que no va directo, sino que entra en todos los pueblos. Ármate de paciencia.

–Después de cuatro meses de hospital, tres horas y media me van a parecer un suspiro...

–¡Vamos, que nos vamos, que tenemos que irnos! –gritó el conductor, con un marcado acento gallego.

## 2. LLEGADA A CONGEDO

**A** Congedo se entraba por un túnel.

Hasta que hicieron el túnel, la carretera daba una vuelta tremenda, subiendo y bajando y retorciéndose entre campos de almendros como una culebra. Pero en los remotos tiempos en que la abuela Maravillas tenía mi edad, el Gobierno decidió perforar un túnel de casi quinientos metros bajo la sierra Filomena y hacer pasar por allí la carretera, así que llegar a Congedo era como entrar en un parque temático: un sitio misterioso, guardado por montañas misteriosas, poblado de gentes misteriosas y congelado en un tiempo pasado. Y misterioso.

Cuando el autobús de La Numantina se detuvo en la plaza del Foro, junto a la fuente de los nueve chorros, me había quedado en estado de embeleso, tratando de unir las imágenes del pueblo con mis escasos recuerdos de tiempo atrás.

–¡Congedo! –exclamó el conductor–. ¡Solo parada!

Di un respingo. Salté de mi asiento, tropecé y caí en brazos de mi tercer y último compañero de viaje, un representan-



te de vajillas de Durablex que usaba peluquín y no había dejado de hablar desde que subió en Ateca.

–¡Disculpe! Es que tengo que bajar aquí y me había despistado. Esto es Congedo, ¿verdad?

–Sí, Congedo. Pasa, anda, pasa... ¡Pasa, pero no me pises! ¡Ja, ja, ja! ¡Eh, que te dejas la botella de agua de Vichy, calamidad!

–¡Ah, sí! Gracias.

Cuando logré apearme del autobús, el conductor estaba a punto de cerrar la portezuela del maletero.

–¡Espere! Espere, que tengo que recoger mi maleta. Es esa, la de color gris.

Me la alcanzó, con gesto de disgusto.

–Toma. Y a ver si espabilamos, joven. Luego, todo es protestar porque el autobús llega con retraso. ¡No ha de llegar, si la gente no se apura y una parada de un minuto acaba durando diez!

–Lo siento...

Rescatada mi maleta, permanecí en pie junto a la fuente, viendo cómo el vehículo arrancaba y se alejaba camino del siguiente pueblo. Tenía sed y me volví para echar un trago largo del agua de la fuente. Sabía a hierro dulce. Era como pasar la lengua por la vía del tren.

Y, de pronto, mientras me secaba los labios con el dorso de la mano, entre la nube de polvo y el humo de escape que dejó el autobús tras de sí surgió, como lo habría hecho de entre la niebla londinense, una silueta menuda que, brazos en jarras, me miraba con el ceño fruncido.

Aunque había cambiado mucho, la reconocí al instante.

–Hola, abuela.

–¿Ofelia? ¡La leche, cómo has crecido! Anda, ven y dame un puñetero abrazo. ¡Pero nada de besuqueos! A ver si me vas a contagiar el virus ese de las narices, que ya no estoy en edad de pillar una maldita neumonía atípica.

–No te preocupes. Los médicos me han dicho que ya no soy contagiosa.

–¡Qué sabrán los médicos de medicina! ¡Lo que yo de hermenéutica!

Al acercarme a ella para abrazarla, comprobé que, en efecto, era algo más bajita que yo, todo lo contrario que la última vez que nos habíamos visto. Los años no perdonan.

–¿Cómo está la idiota de tu madre?

–Está bien. Estamos todos bien. Yo soy la que está peor y ya me han dado el alta, por suerte.

–Cuando me llamó anteayer por teléfono, no me lo podía creer, después de tanto tiempo. Claro que era para pedirme un favor, si no, de qué. Y lo de tu alta, será por lo alta que estás, pero te veo en los malditos huesos. Habrá que hacer algo para que te recuperes, que te veo lisa como una tabla.

Las mejillas se me encendieron como un semáforo.

–Bueno, yo..., lo cierto es que nunca he tenido mucho pecho, abuela.

–¿No? Vaya por Dios... Normal, por otra parte: ni tu madre ni yo hemos tenido nunca eso que se llama un tipazo. ¡Podías haber salido a tu otra abuela, que no tenía nada que envidiarle a Sofia Loren! La genética es imbécil, siempre lo he dicho. En fin, para qué hablar...

Caminábamos por la calle de Octavio Augusto, que, dicen, fue el fundador de Congedo en el siglo menos uno, aunque el hecho no está documentado, sino que se basa en una histo-

ria popular transmitida de padres a hijos durante dos mil cien años. Como para fiarse.

Había muchas macetas con flores y plantas colgando de las barandillas de los balcones. A nuestro paso, se iban asomando algunas vecinas.

–¿Esa es tu nieta, Maravillas?

–¡Mi nieta Ofelia, sí, señora!

–¡Caray, cómo ha cambiado la niña!

–¿A que está guapa?

–Ya lo creo. Un poco flaca, si acaso.

–Eso lo arreglo yo en diez días, ya veréis.

–¡Bienvenida a Congedo, Ofelia!

–Gracias, doña...

–Luisa –susurró mi abuela.

–¡Gracias, doña Luisa!

## LA CASA

La casa de la abuela no estaba ni bien ni mal. Una casa de pueblo, de las que se estilan por la zona, con dos plantas y falsa, o sea, buhardilla. Mi habitación estaba en el segundo piso y era acogedora, pintada de azul, con suelo de madera, una cama algo justa para mi nuevo tamaño y una ventana que daba a la calle de Marco Tulio Cicerón. Por lo visto, Cicerón acudió a Congedo a tomar las aguas en el invierno del año 45 antes de Cristo. Cuando se conmemoraban dos mil años justos de aquella visita, el Ayuntamiento le dedicó esa calle, que antes se llamaba la calle de Enmedio. Sí, todo junto.

–Abuela, estoy cansadísima. Voy a deshacer la maleta y me acostaré un rato, si no te importa. Despiértame cuando quieras.

–Deja la condenada maleta para luego y acuéstate ya, mi niña. No te tumbes sobre la cama. Ponte el camisón y métete dentro. Se nota que necesitas descansar y eso es lo primero y lo más importante.

No abrí los ojos hasta que mi abuela me tocó en el hombro. Ya era de noche. A través de la ventana, la luz de la luna.

–Te he traído un vaso de leche tibia y un par de magdalenas. Cómetelas y sigue durmiendo.

–Gracias, abuela. ¿Qué hora es?

–¡Qué más da, demonios! En Congedo, el tiempo carece de importancia.

Desperté a la mañana siguiente, con las primeras luces del día. Me encontraba mucho mejor, descansada, despejada. Y hambrienta.

Bajé a la cocina y mientras trataba de encontrar algo para desayunar, apareció mi abuela. Y empezó a señalar a un lado y otro.

–Ahí tienes leche, el butano se abre de aquí; cerillas; los cazos, los platos, los cubiertos; debajo de ese paño, el pan de ayer; las tortas, la mermelada, el queso, la mantequilla... Y si te gusta el café, hacemos café.

–Pero... ¿café, café?

–Cariño, en esta casa no entrará la achicoria mientras yo viva. Antes prescindo del papel higiénico que del café. Acércame la cafetera, anda.

–¿Cuál va a ser el plan diario, abuela? –pregunté, tras el café con leche y las tostadas con mermelada de cascabelillos.

–Eso ya lo estableceremos a partir de la semana próxima. De aquí al sábado, dieta de engorde.

–Pero, ¡abuela...!

–Ni pero ni Pérez. A partir del domingo, haremos excursiones, tomaremos el sol, limpiaremos algo la casa, ya que estás aquí para ayudarme... Para todo eso, primero necesitas recuperar fuerzas.

–¿No pensarás tenerme cuatro días metida en casa sin hacer otra cosa que comer y dormir?

–Depende. ¿Te gusta leer?

La pregunta me sorprendió. No imaginaba que la lectura fuera asunto de interés para la abuela Maravillas. Nunca se había hablado de ello en mi familia.

–Lo cierto es que me encanta leer, abuela.

–Y ¿qué has leído? *Mujercitas*, como si lo viera.

–Pues no. Algo de Julio Verne, Emilio Salgari, Jack London, Poe...

–Eso son bobaditas. Me refiero a...

–También he leído *Guerra y paz*, de Tolstói.

La abuela alzó las cejas. ¡Zas! De golpe. Como si tuvieran un resorte.

–En versión para niños, imagino.

–En versión completa de la editorial Vergara, traducción directa del ruso. Dos veces.

Me lanzó una de las miradas que yo ya empezaba a entender. La mirada de los descubrimientos inesperados.

–Muy bien, lectora, muy bien... –Eché mano al bolsillo y

sacó una llave grande, antigua, negra, pesada—. En ese caso, sígueme, si te atreves.

Subimos al primer piso y, de allí, accedimos a la buhardilla a través de una escalera en forma de ele que, en su último tramo, era poco más que una escala de mano con barandilla. Al final de esa escala, había una puerta. La puerta tenía una cerraja que se abría con la llave que la abuela me había enseñado.

Y ¿sabéis qué? Que introdujo la llave en la cerraja y abrió la puerta.

## LA BIBLIOTECA

Era una biblioteca. Una biblioteca magnífica, alucinante, encandilante, apetitosa para cualquier buen lector. Y no solo era una gran habitación abuhardillada repleta de libros. Era también una maravillosa sala de lectura. Poseía un enorme ventanal abierto en una de las vertientes del tejado, por el que la luz natural penetraba a raudales. A través del ventanal, podía atisbarse a lo lejos el verde oscuro de los bosques de pinos de la sierra Filomena. Y bajo la cristalera, aguardaban a sus futuros ocupantes dos mecedoras de madera clara y asiento de rejilla.

Contra la pared derecha se apilaban algunos muebles, viejos pero no en mal estado. Era la única zona de la estancia que cumplía con su misión original: la de servir de desván. En cambio, cerca de la pared izquierda, la orientada al norte, distinguí una estufa de leña, de hierro fundido, cuyo tubo atravesaba el tejado como un largo dedo negro y que se adivinaba más que suficiente para calentar la estancia incluso en los días

más fríos del invierno. A ambos lados de la estufa, una buena cantidad de leña cortada en trozos pequeños, lista para usar.

Me imaginé allí, durante una fría mañana, con la estufa a todo meter, mientras el aguanieve producía sobre el ventanal un repiqueteo embrujador como sonido de fondo para la lectura de *La isla misteriosa* o *Los hermanos Karamázov*, y se me hizo la boca agua.

—Oh, Dios mío... —susurré, con la misma devoción que lo habría hecho un buen cristiano al entrar en la capilla de la Natividad, mientras caminaba ligera, tratando de que no crujiera la tarima del suelo.

—¿Qué te parece? ¿Crees que podrás aguantar hasta el domingo con ayuda de esto?

Giré sobre mí misma para abarcar la buhardilla entera, que era diáfana y, por tanto, tan grande como la planta entera de la casa.

—¡Es fantástica! ¿Puedo quedarme aquí ya?

—Por supuesto. Si sale el sol, será más que suficiente para caldear el ambiente. Si no, quizá haya que encender la estufa.

—Yo creo que estaré bien. Puedo coger una manta, por si acaso.

—Buena idea. Así podrás hacerte a la idea de que estás leyendo sobre la cubierta de un crucero.

—¿Quién necesita un crucero, teniendo esto? No quiero ni me hace falta imaginar nada. Voy a pasar la mañana leyendo en la biblioteca abuhardillada de la casa de mi abuela. ¡Ni el generalísimo Franco tendrá un plan mejor para hoy! ¿Qué me aconsejas?

—Lo primero, que no menciones a Franco en esta casa ni para bien ni para mal. Ni en este pueblo.

–Ah..., lo siento.

La abuela Maravillas hizo un gesto así, con la mano, como quitándole importancia, y empezó a caminar de acá para allá, examinando los estantes repletos de volúmenes, como si anduviese en busca de un título en concreto. De pronto, tomó una pequeña escalerita de madera de tres peldaños con pasamanos de latón, se subió a lo alto y tomó un libro al que le sopló el polvo enérgicamente. Me mostró la portada.

–¿Has leído *El libro de la selva*?

–No.

–Ya tardas.

Fueron tres días estupendos. Comer, dormir, leer, dormir, leer, comer y dormir. Y leer. Cayeron *El libro de la selva*, *Moby Dick* y un puñado de los *Episodios Nacionales* de don Benito Pérez Galdós, seleccionados al azar.

–¿Cómo has reunido tantos libros, abuela?

–Es fácil: tengo setenta y siete malditos años y jamás he tirado un libro. Tampoco los presto a nadie: libro prestado, libro perdido. Libro que cae en mis manos, libro que acaba encontrando su hueco en esta buhardilla para siempre.

Me sentía feliz. Podría haber estado así, solo comiendo, durmiendo y leyendo, durante el resto de mi vida.

## TARTA

Sin embargo, la abuela tenía otros planes para nosotras. El domingo nos esperaba ya la primera excursión.

–¿Adónde iremos, abuela? –le pregunté durante la comida del sábado, que fue bacalao al ajoarriero.



–Como ir de caminata con el único propósito de andar me parece una soberana estupidez, siempre que salgamos de excursión será con un objetivo concreto. El objetivo del próximo domingo será la recolección de caléndulas.

–¿Caléndulas?

–Quiero hacer una tarta maravilla, que es mi postre estrella.

–Será porque se llama como tú.

–Eso será. Y aunque la tarta maravilla tiene las fresas como principal ingrediente, para mi receta secreta necesito también pétalos de caléndulas, que, como bien sabrás, también se llaman maravillas. En nuestro valle, hace varios años que no florecen las caléndulas, así que tendremos que ir a buscarlas a Pallarés. Ese será el motivo para salir de excursión.

## PALLARÉS

Pallarés es el valle siguiente, paralelo al de Congedo. Ambos están separados por la sierra de Las Estribaciones, más baja que la sierra Filomena, pero igualmente imponente.

Así que el siguiente domingo la abuela Maravillas y yo nos levantamos pronto, desayunamos y nos vestimos de excursionistas: pantalones de pana, gorras de visera, zamarra de paño y botas de monte. La abuela, además, sacó de un armario una mochila antigua y su bastón de caminante, con puntera metálica.

–¿Qué tal?

–Perfecta. En lugar de mi abuela, pareces la abuela de Edmund Hillary.

–Vamos, entonces. Pasaremos primero por la plaza de la iglesia porque he quedado allí con alguien a quien ya conoces.

–¿Ah, sí? ¿De quién se trata?

–De Ramiro. Ramiro Aguinagalde, el hijo del taxista.

Ramiro.

Había pensado un par de veces en él desde mi llegada. Su recuerdo y el de Telmo se habían difuminado un tanto con los años y sentía curiosidad. Había supuesto que no tardaría mucho en encontrarme con ellos. Y con Ramiro, mira por dónde, lo iba a hacer de inmediato.

Tardamos apenas cinco minutos. La abuela, de repente, lanzó el mentón hacia delante.

–Ah, mira, ahí tenemos a Ramiro.

## RAMIRO

Al principio miré a un lado y otro, porque no veía a nadie cuyo aspecto respondiese al recuerdo que yo tenía de Ramiro, el de un chico más bien gordito, de escasa nariz, ojos siempre legañosos y algunos dientes más de los que le cabían en la boca.

Entonces, alguien avanzó sonriente hacia nosotras. Y, en un primer momento, pensé que no podía ser cierto. Sin embargo, un segundo y tres décimas más tarde, tuve que rendirme a la evidencia de que solo podía tratarse de él. Y sentí como si me atropellase un motocarro porque, caramba, si yo había cambiado y mi abuela había cambiado, Ramiro había cambiado muchíísimos más.

–Hola, Ofelia. Cuánto tiempo sin vernos. –Pasmoso: hasta la voz le había cambiado–. ¿Cómo te va?

Me dio dos besos en las mejillas y me dejó las piernas temblando.

–Ho... hola, Ramiro. Sí, muchos años. Yo..., caray, no sé si te habría reconocido.

–En cambio, yo a ti sí. Sin ninguna duda y al primer vistazo.

Lo diré sin tardanza ni circunloquios: estaba guapísimo. Guapo no: guapísimo. Los ojos legañosos habían perdido las legañas y tenían el color de la miel de romero. La nariz había adquirido un tamaño idóneo. Cada uno de sus dientes parecía haber encontrado milagrosamente su lugar definitivo y ahora, en perfecta formación, dibujaban entre todos una sonrisa demoledora. Era alto, estaba macizo y tenía el pelo ondulado, color negro de azabache. Un bombonazo, se mirara por donde se mirase.

–Me alegro de volver a verte –conseguí articular, mientras él me retenía la mano entre las tuyas un momento–. Y..., eh..., esto..., ¿sabes qué ha sido de Telmo?

¿Por qué le preguntaba eso? Valiente estupidez. ¿Qué me importaba a mí Telmo en ese momento? Los nervios, supongo.

–¿Mi primo? –Cierto, Ramiro y Telmo eran primos y yo lo había olvidado, como tantas otras cosas–. Está interno en los salesianos de Zaragoza. Este año ha empezado el bachillerato superior. No te ha llamado, ¿verdad? Yo le dije que lo hiciera, pero ha debido de darle apuro. ¡Qué memo! Tener en la ciudad una amiga como tú y no llamarla. En fin, él sabrá. Yo, de haber estado en su lugar, sí te habría llamado, pero... mis padres prefirieron que estudiase en el instituto de Calatayud.

«Olvida a Telmo y céntrate en Ramiro, mema.»

Tragué saliva, procurando que no se me notase.

–Estás estudiando también el bachillerato, entonces.

–En realidad, lo terminé el año pasado, reválida incluida.

Ahora estoy con el preu. Voy y vengo cada día en autobús a Calatayud, así que pierdo un montón de tiempo, pero... es más barato que vivir allí o en Zaragoza. Mis padres no se lo pueden permitir.

«Habrías podido alojarte gratis en mi casa.»

Eso fue lo que pensé, pero no se lo dije, claro. En un instante, imaginé lo que habría sido tener a Ramiro los últimos tres años viviendo en el cuarto de al lado y se me nubló la vista por un segundo.

–Pero... si estás estudiando el preu es porque piensas ir a la universidad, ¿no?

–Si paso la prueba de madurez, me gustaría, desde luego. Creo que podría trabajar y estudiar a la vez y así pagarme el alojamiento en un piso de estudiantes o en un colegio mayor.

–¿En Zaragoza?

–Depende. Eso está por decidir.

–¡Bien! No todo está perdido.

–¿Cómo dices?

Maldición. Esta vez, había pensado en voz alta.

–¿Eh...? No, nada, que... Nada, nada.

Me sonrió. Le sonreí.

–¿Y tú?

–Pues... estaba haciendo sexto y... pillé el virus.

–El virus de las narices –intervino mi abuela.

–Ese mismo. Así que supongo que perderé el curso y tendré que repetir.

Ramiro me sonrió y se me heló la punta de la nariz. Lo juro, se me quedó fría, fría.

–Bah, no te preocupes –dijo–. Parece que perder un año sea una catástrofe, pero la vida es muy larga; seguro que no tiene ninguna importancia. Y, mientras tanto..., aquí estás. Algo bueno tenía que traer la epidemia. Y resulta que te ha traído a ti.

–Sí. Aquí estoy.

–Habrá que aprovecharlo.

No entendí a qué se refería y ya no supe qué más decir. Creo que estaba absolutamente embelesada. Quizá fuera algo normal, tras cuatro meses de hospital sin ver a más hombres que mi padre, mi tío Ramón, que en paz descansa, y un par de médicos que nunca supe si eran guapos o feos porque llevaban puesta una mascarilla quirúrgica permanentemente.

–Bueno, ¿qué? –preguntó entonces mi abuela–. ¿Nos ponemos de una vez en marcha, tortolinos?

Me sobrevino un sofoco. ¿Tortolinos? ¿Por qué había dicho mi abuela tortolinos? ¿Tanto se me notaba? ¿Tortolinos y tortolitos es lo mismo?

–¡Claro que sí, Maraví! –exclamó Ramiro–. ¡En marcha!

–¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames Maraví? Sabes que lo odio.

–Por eso te lo digo: para hacerte rabiar –exclamó Ramiro, entre risas.

–Sí, ríe, ríe. Pero ten cuidado, a ver si vas a conseguir lo que deseas. ¡Insurrecto!

Echamos a andar aproximadamente hacia el suroeste. Primero los tres, hombro con hombro, con mi abuela en el centro. Luego, al salir del pueblo y tomar la carretera, ella se puso

en cabeza y quedamos Ramiro y yo uno junto al otro. El paso vivo que imprimió mi abuela a la marcha no invitaba a la conversación, pero yo lanzaba rápidas miradas de cuando en cuando sobre mi recién recuperado amigo. Esperaba que él hiciese lo mismo conmigo cuando yo no lo mirase.

## EL PASO DE LA SOSPECHOSA

Al igual que el Ministerio de Obras Públicas perforó en su día el túnel de La Horadada para salvar la sierra Filomena y ahorrar varios kilómetros de carretera, había también un túnel que atravesaba la sierra de Las Estribaciones y conducía al valle de Pallarés. Pero este túnel, al que llamaban el paso de La Sospechosa, era minúsculo, sinuoso, oscuro y peligroso. Solo se podía transitar a pie y, en algunos puntos, con dificultades casi espeleológicas. Por supuesto, no permitía el tránsito de vehículos de ningún tipo, que debían recorrer obligatoriamente ocho kilómetros de revirada carretera a cielo abierto si querían pasar de un valle al otro.

La noche anterior, el tiempo había empeorado y el viento parecía compuesto por ráfagas de viscosa humedad.

Comenzamos por seguir la carretera hasta la antigua fábrica de pólvora, a partir de la cual nos desviamos para iniciar el ascenso que nos llevaría a la entrada occidental del paso de La Sospechosa, la boca de Gargantúa.

Pero fue antes, al pasar frente a un huerto abandonado situado entre el molino viejo y la fábrica de pólvora, cuando fui consciente por primera vez de que algo malo y misterioso ocurría en Congedo desde hacía un tiempo.

Fue en aquel preciso lugar donde la abuela se acercó hasta un árbol –enorme, para tratarse de un frutal– que crecía junto a la cuneta, cortó con su navaja la punta de una de las ramitas nuevas y chupó la savia.

–También se está muriendo –susurró, mientras torcía el gesto–. Se secará sin remedio. La maldición avanza y ya llega hasta aquí.

Ramiro y yo nos miramos. Curiosamente, recordaba aquel árbol. Era con sus frutos, que maduraban en verano y que la gente del pueblo llamaba cascabelillos, con los que mi abuela preparaba su famosa mermelada. La misma que había tomado yo en el desayuno de estos últimos días.

–Este año no habrá cascabelillos, entonces –dijo Ramiro.

–No habrá cascabelillos nunca más –sentenció la abuela–. Se acabó la mermelada, Ofelia. Procura guardar su sabor en la memoria porque cuando te termines la que queda en el frasco, no volverás a comerla jamás.

Compungidos por aquella horrible profecía, reemprendimos la marcha y yo no tardé en hacerle una seña a Ramiro para que me atendiese. Le hablé en un susurro, mientras sentía un agradable cosquilleo en el estómago tan solo con su cercanía.

–¿A qué se refiere mi abuela cuando habla de «la maldición»?

Ramiro quedó serio y dudó, inseguro sobre cómo explicarlo.

–Verás..., desde hace algunos años, ciertas cosas no van bien en Congedo. Digamos que... el valle, poco a poco, se va secando. Se va volviendo improductivo.

–¿Por qué?

–No lo sé. Los huertos, los jardines, los frutales..., incluso los árboles ornamentales que plantó el Ayuntamiento, van perdiendo fuerza, se marchitan y mueren. Las hortalizas son cada vez más pequeñas y raquíticas. Las flores están como... apagadas. Y esa especie de sequía se va extendiendo poco a poco, va ganando terreno, año tras año. Cada vez llega más lejos. A eso lo llama tu abuela «la maldición».

–¿Y no ocurre en otros pueblos cercanos, como los del valle de Pallarés?

–No. Al menos, por ahora.

–Sí que es extraño...

## GARGANTÚA

Menos de quince minutos después, llegamos a la boca de Gargantúa.

–Toma, Ofelia. Ilumina tú el camino –me ordenó mi abuela, entregándome una linterna azul con pila de petaca que sacó de la mochila.

–¿Por qué yo? Es la primera vez que entro en el túnel.

–Por eso irás con más cuidado que nosotros. No hay nada peor que el exceso de confianza. Adelante.

Me pareció una razón de poco peso, pero opté por no discutir y, linterna en mano, me puse en cabeza.

Al principio, el túnel era relativamente ancho y con el suelo en buen estado. Además, la luz que entraba desde el exterior permitía ver dónde ponías los pies durante las primeras decenas de metros. Luego, el trazado en curva traía consigo las tinieblas que, al cabo de cien metros, eran totales y absolu-



tas. Yo iluminaba delante de mí y, luego, trataba de enfocar la linterna hacia atrás, para facilitar el avance de mi abuela. Ramiro cerraba el grupo y no sé cómo se las apañaba para seguirnos sin tropezar continuamente.

Tras veinte minutos de lento avance, topamos con un arroyo subterráneo que se atravesaba en nuestro camino.

–Es la torrentera de Rubicón –dijo mi abuela–. Bien. Significa que llevamos más de medio camino.

Lo iluminé para que ella y Ramiro lo cruzasen sin problemas pisando sobre dos bloques de hormigón depositados encima del cauce a tal fin. Sin embargo, al llegar mi turno de vadear el arroyuelo, decidí cruzarlo de un salto porque me pareció más fácil y rápido.

No sé qué ocurrió. Me despisté, o quizá los meses de hospital habían mermado mi coordinación, quién sabe... El caso es que al tomar impulso resbalé y, además de que me propiné un tortazo de aúpa, la linterna fue a parar al agua.

–¡Ofelia! –oí gritar a Ramiro–. Ofelia, ¿estás bien?

–¡Tranquilos! Tranquilos, no os preocupéis –respondí muy apurada, chapoteando en el agua del Rubicón, que estaba helada, por cierto.

–¡La linterna! ¿Dónde está la linterna?

–¡Calma! –pedí, mientras palpaba a mi alrededor–. ¡Seguro que no pasa nada! ¡Las linternas de buena marca son sumergibles!

Pero la nuestra debía de ser de mala marca porque, cuando la rescaté, chorreante, se negó a funcionar de nuevo.

Estábamos, pues, completamente a oscuras.

–¿Se puede ser más torpona y metepatas? –clamó mi abuela a grito pelado–. ¿Estás bien, al menos? ¡Ofelia! ¡Con-  
testa, demonios, que no te veo!

–¡Que sí, abuela, que sí, que estoy bien! Solo un poco... empapada.

–¡Ay, dios del infierno! Vas a coger un pasmo, como si lo viera... Teníamos que haber dejado esto para la semana que viene. Estás todavía muy débil, por eso te has caído en el Rubicón. Y ahora ¿qué hacemos, eh? Sin luz. ¡Y estamos en el centro del túnel! ¡A mitad de camino!

–Habrás que seguir adelante al tentón –propuso Ramiro.

–¡Eso es muy peligroso! No se ve un pimiento.

–¡Callad los dos un momento! –grité, entonces–. La linterna quizá no funciona porque se ha mojado por dentro. A lo mejor vuelve a lucir en cuanto se seque. Voy a abrirla y a soplar.

–¿Soplar?

–¡Para intentar secar las conexiones!

–Yo voy a seguir adelante, a ver si puedo llegar al final del túnel y pedir ayuda –propuso Ramiro.

–¡No, no, no! –replicó mi abuela–. ¡Quieto aquí, Ramiro! Una cosa detrás de la otra. Si Ofelia no logra arreglar la linterna, entonces vas a por ayuda. Pero ¡no antes!

Se produjo un silencio.

–¿Y tú qué haces, que no estás soplando?

–¡Ah! ¡Ya voy, ya voy!

Logré abrir la linterna y salió agua del interior. Comencé a soplar, pero noté que enseguida me faltaba el aire.

–Me canso...

–Pues claro. Si hace cuatro días estabas en el hospital con neumonía.

Daba tres o cuatro soplidos fuertes y luego descansaba, tratando de respirar hondo y recuperarme, antes de volver a soplar. Estaba helada de frío.

## CORREDOR FANTASMA

De pronto, me pareció escuchar un sonido rítmico y muy tenue, que nada tenía que ver con los crujidos de la roca o el murmullo del agua.

–¡Eh! ¿Qué es eso?

–¿El qué?

– ¡Escuchad!

–Yo no oigo nada –dijo Ramiro.

–Y yo menos, porque empiezo a estar ya bastante teniente –reconoció mi abuela.

El sonido poco a poco se fue haciendo más presente.

–Tenías razón: ahora sí lo oigo –murmuró Ramiro–. ¡Qué cosa extraña! Es como... como si alguien se nos acercase corriendo al trote.

–¡Eh! ¿Hay alguien ahí? –grité, con el estómago encogido.

–Tal vez vengan a buscarnos –aventuró Ramiro.

–Lo dudo –sentenció mi abuela–. Nadie sabe que estamos aquí.

El sonido de aquel trote –cadencioso, regular, olímpico– se fue aproximando más y más, hasta que llegamos a sentirlo tan cerca que parecía estar entre nosotros. Yo abría unos ojos como panderetas tratando de distinguir algo en medio de las tinieblas. Sin embargo, todas aquellas sensaciones no parecían concretarse en una presencia real.

Resultaba desconcertante.

–No puede ser... –susurré perpleja–. ¿Qué es esto, abuela? ¿Qué está pasando?

Por toda respuesta, mi abuela lanzó un chistido que me obligó a cerrar la boca. Me sentía confusa y aterrada, hasta

que, de pronto, un instante más tarde, caí en la cuenta. Lo hice cuando sentí el sonido no ya junto a nosotros, sino... sobre nuestras cabezas.

–¡Pues claro! Ya sé lo que pasa –susurré–. No está aquí. Ese tipo no trota hacia nosotros, sino... por encima de nosotros. ¿Cómo es posible? ¿Qué hay sobre la bóveda del túnel?

–Tan solo la montaña –dijo Ramiro, con la voz velada por el miedo–. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede alguien correr a través de la roca maciza? ¡Solo un fantasma podría hacerlo!

–Déjate de fantasmas, Ramiro –le pidió mi abuela–. Hay una explicación mucho más sencilla: alguien está corriendo por las galerías de la mina abandonada, que está justo encima de nosotros.

–Pero... eso también es imposible. La mina está sellada.

## **LAS DOLINAS**

*La vieja mina de Las Dolinas fue durante siglos una de las explotaciones subterráneas más peligrosas del país. Su última propietaria, la Compañía Uruguaya de Piritas (COMPURUPIRI, S. A.), decidió, a mediados de la pasada década, suspender definitivamente la extracción del mineral y dinamitar sus accesos para evitar más accidentes. Desde entonces, resulta imposible entrar en ella y recorrer sus galerías.*

*Las Dolinas era un lugar maldito. Durante el tiempo que estuvo en funcionamiento, los incidentes fueron constantes. Se decía que en Las Dolinas había más hombres enterrados que en el cementerio de Congedo. Mi propio abuelo había muerto allí, veintitrés años atrás, en uno de los múltiples derrumba-*

*mientos. Y allí seguía, en alguna parte, pues en aquella ocasión, como en tantas otras, no fue posible rescatar su cuerpo ni el de sus compañeros.*

\* \* \*

De repente, justo cuando los pasos resonaban sobre nuestras cabezas, el trotador misterioso se detuvo. Y, en ese instante, también se pararon nuestros corazones. Aguzando mucho el oído, percibimos un nuevo sonido: el de una respiración sofocada por el ejercicio; el silbido del aire penetrando en las fosas nasales, camino de unos pulmones apremiados por el esfuerzo. El hombre que trotaba se hallaba, pues, detenido exactamente sobre nosotros. De modo inexplicable, me sentí observada a través de la pared de roca y a pesar de la oscuridad impenetrable.

Entonces, de sopetón, se pudo oír la voz de la abuela Maravillas. Aunque no parecía la suya, sino otra, mucho más ronca y profunda, como si un diablo la hubiese poseído y hablase por su boca.

–¿Qué andas haciendo aquí, calandrajooo? –exclamó a pleno pulmón, enfurecida–. ¡Sé bien quién eres, landrero! ¡Maldigo el día en que apareciste por aquí con tu mirada de chupasangres!

Pese a la fama de malhablada de mi abuela, jamás la habría imaginado profiriendo expresiones semejantes. Parecía estar fuera de sí.

–¡Tahúr de la estepaaa! ¡Mejor harías en volver a tu tierra maldita y podrida! ¡Butronerooo! ¡Nosferatuuu...! ¡Ladrón de tumbaaas...!

Yo no entendía nada, pero me sentía aterrada, al borde del pánico. Aunque no la veía, podía imaginar la expresión de mi abuela, completamente desencajada, alterada por el odio o por el miedo o por una mezcla de ambos. Di gracias a la oscuridad.

Y entonces, sin más, el misterioso corredor volvió a ponerse en marcha; uno, dos, uno, dos, uno, dos..., hasta que sus pasos se perdieron en la lejanía.

Entonces, Ramiro dijo:

–Ofelia, prueba a encender otra vez la linterna.

Lo hice. Y funcionó.

De inmediato, nos pusimos en marcha, envueltos los tres en un nervioso silencio que no rompimos hasta ganar el exterior a través de la boca de Pantagruel, la salida oriental del paso de La Sospechosa.

Yo tiritaba de frío y decidí tumbarme al sol sobre una gran roca lisa; un sol que en el valle de Pallarés sale y calienta mucho antes que en el de Congedo y durante muchos más días al año.

Ramiro y mi abuela se acercaron y me contemplaron con preocupación, de pie, uno a cada lado. Sin embargo, fui yo quien primero preguntó:

–¿A quién le hablabas, abuela?

Ella me dirigió una mirada limpia.

–¿Yo? ¿A qué te refieres?

–Sabes a lo que me refiero: ahí dentro, en el túnel.

¿A quién insultabas de ese modo horrible?

–A nadie. Solo estaba furiosa, por el incidente.

Sabíamos que mentía y ella sabía que lo sabíamos.

–Había alguien allí, corriendo por las galerías de la mina.

–La mina lleva años cerrada –murmuró–. No parece muy sensato pensar semejante cosa, ¿verdad?

## PALLARÉS

Unos minutos después, ya secas mis ropas, reemprendimos el camino. Enseguida, tras superar un peñasco, nos enfrentamos a una vista panorámica del valle de Pallarés, espléndido, pero no tanto como el de Congedo, y sin el atractivo de nuestras aguas termales.

Tras cinco minutos de caminata por el sendero que partía del túnel, nos desviamos en un recodo. Y apenas cien metros después, llegamos guiados por mi abuela a un claro no muy grande, en medio del bosque de robles centenarios.

Allí estaban las caléndulas, y con el hallazgo, mi abuela pareció iluminarse y rejuvenecer. Incluso batió palmas.

–Vamos, cortadlas sin tirar del tallo, para no arrancar la raíz.

Nos pusimos los tres a la tarea, que nos llevó un buen rato, y, tras recolectar todas las flores, nos encaminamos al pueblo, a Pallarés el Real.

Sin embargo, mi abuela no tenía intención de llegar hasta el casco urbano, sino que nos detuvimos antes, a unos quinientos metros, en la venta La Fortuna, donde nos invitó a refrescos y aceitunas. Ella se pidió un vermut con sifón, tras cruzar saludos con la ventera, Fortunata Fortuna.

Tras un buen rato de charla y chismorreos con Fortunata y sus clientes, la abuela nos propuso iniciar el regreso a Congedo.

–Yo no pienso volver atravesando el túnel de nuevo –dije entonces–. Se puede volver por la carretera, ¿verdad?

–¿Desde aquí a Congedo por la carretera? –exclamó mi abuela–. ¡Son ocho kilómetros, Ofelia! Incluso a buen paso, dos horas largas no te las quita nadie.

–Perfecto. No tengo ninguna prisa. Y lo prefiero mil veces a meterme de nuevo por La Sospechosa y volver a encontrarme con ese trotador misterioso del que no quieres hablarnos.

Mi abuela echó un vistazo a su cosecha de caléndulas.

–No puedo caminar ocho kilómetros –reconoció–. Además, la primera parte del trayecto es muy empinada. Las piernas ya no... Que no, vaya.

–No hace falta que me acompañéis –dije–. Vosotros, volved por el túnel. Yo lo haré por la carretera. Será más largo, pero no tiene pérdida. Ya llegaré.

–Yo voy contigo –afirmó Ramiro tajante, provocándome un escalofrío de felicidad–. Tampoco quiero volver a pasar por el túnel.

–¿Qué es esto? ¿Un complot? –dijo mi abuela con sorna.

–Te lo agradezco, Ramiro, pero no puedes dejar que mi abuela vuelva sola por La Sospechosa. ¿Y si le ocurre algo? Me sentiría culpable el resto de mi vida.

–¿A mí? ¿Qué me va a ocurrir, mema? –protestó ella–. Para que lo sepas, he atravesado el túnel yo sola docenas de veces. Seguro que a mí no se me cae la linterna en el arroyo del Rubicón –señaló entonces a Ramiro–. Anda, acompáñala, hijo, es una orden. Y procura que no se despeñe por ningún barranco ni se la coma un oso. Yo iré preparando la comida. Estás invitado, Ramiro.



–Gracias, Maraví.

–¡Que no me llames Maraví, conchas!

## LA MUERTE

En efecto, los primeros kilómetros eran cuesta arriba, hasta alcanzar la cota más alta del puerto de Las Estribaciones. El resto del camino, en cambio, era de un pronunciado descenso hacia el valle de Congedo.

Ramiro y yo emprendimos la marcha muy animosos, pero, enseguida, el ascenso se me empezó a hacer más y más difícil. Dejamos de hablar y nos concentramos en seguir avanzando. Yo respiraba con la boca abierta, con bocanadas cada vez más apuradas.

A la media hora, hicimos un descanso.

–Oye, ¿de veras hay osos por aquí? –le pregunté a Ramiro.

–¡Qué va! En tiempos del rey Favila, quizá. Ahora, solo vemos osos cuando llega el circo.

A los cinco minutos pensé que me había recuperado, pero al reanudar el camino me sentí peor enseguida.

Tras un tiempo que se me hizo interminable, al girar un recodo de la carretera, divisamos la cumbre del puerto, con un pequeño mirador, donde un cartel de metal ametrallado a pedradas señalaba una altura de 2.460 metros. Era el final de mi calvario. A partir de ese punto, todo iría mejor.

Faltaban unos cien metros. Con un hilo de voz, le pedí a Ramiro que fuera delante de mí, dándome rueda, como hacen los ciclistas cuando se ven en apuros para coronar algún puerto puntuable. Y así, con la vista fija en sus talones, fui

acercándome a mi objetivo. Paso a paso, cada vez con menos aire en los pulmones. Dejé de pensar, de mirar, de escuchar, pendiente solo de respirar lo más profundamente posible, que no era mucho.

–¡Ya está! –exclamó Ramiro, al cabo de un tiempo larguísimo–. Lo hemos conseguido.

Salí de la carretera y me dirigí a la barandilla del mirador. Antes de llegar a ella, todo se volvió rojo y las piernas dejaron de sostenerme. Escuché mi nombre en boca de Ramiro, me noté manejada por él, que me colocó boca arriba, tumbada en el suelo, y me sujetó los pies en alto. No perdí el conocimiento, pero casi.

–Tranquila, Ofelia, tranquila... –escuché como si me hablase desde dentro de un tonel–. No te asustes. Respira despacio, lento. –Quizá fuera yo la que estaba dentro del tonel–. Basta con un poco de aire cada vez, pero no tengas prisa. Hazlo conmigo: adentro, afuera... adentro..., –Y el tonel se alejaba, rodando, rodando...

Sentí terror al darme cuenta de que la voz de Ramiro sonaba cada vez más débil, de que el aire no me pasaba por los bronquios, de que no lograba recuperarme del esfuerzo, de que se me cerraba la glotis...

Pensé que me moría. Sí, sí, lo pensé con toda claridad. Sentí la certeza de mi muerte. En medio de la nada, una luz blanca hacia la que me dirigía sin poder evitarlo. Desfilieron ante mí mis padres, mis hermanos, mis abuelos, mis amigas de la infancia, mi tío Ramón, la enfermera Susana y, por fin, Ramiro.

Adiós a todos. Morir, dormir..., dormir..., tal vez soñar.

## LA NOVIA

Por suerte o por lo que fuera, en un momento dado empecé a retroceder, a alejarme de la luz blanca en lugar de caminar hacia ella, y el aire llenó de nuevo mis pulmones. La negrura infinita, como en un efecto cinematográfico, se fue trocando en la luz brillante pero difusa de aquella mañana de domingo.

Cuando regresé definitivamente a la realidad, el rostro de Ramiro se hallaba a cuatro dedos del mío, ocupando todo mi campo visual.

–Hola... –susurré, con los labios secos.

–¿Te encuentras mejor?

Antes de contestar, inspiré lo más profundamente que pude. No fue mucho, pero sí lo suficiente para comprobar que la cosa mejoraba.

–Sí, lo estoy.

Ramiro se llevó las manos a la frente.

–Menos mal. Menos mal. No sabes el susto que me has dado. He estado a punto de hacerte eso... ¿Cómo lo llaman? ¡Ah, sí! El boca a boca.

En circunstancias normales, al oír aquello me habría sonrojado como una amapola.

–Vaya..., lamento haberte asustado... y también que no me hayas hecho el boca a boca. Yo creo que habría sido una bonita experiencia. Anda, ayúdame a ponerme de pie.

–¿Estás segura? ¿No prefieres esperar un poco?

–El suelo está húmedo. A ver si voy a coger reúma. ¡Vamos!

Me tomó de las manos y tiró de mí. Y cuando los dos estuvimos en pie, Ramiro me abrazó. Un abrazo largo, intenso,

cariñoso. Y yo me sentí en la gloria bendita. Luego, sin apenas separarse de mí, me recorrió la mejilla con el dorso de la mano, desde el mentón hasta la sien, y enredó los dedos en mi pelo.

Como comprenderéis, estaba segura de que, a continuación, me iba a besar. No fue así, sin embargo.

En lugar de besarme, me habló al oído.

–¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez que nos despedimos?

–¿Te refieres a... hace seis años? Lo cierto es que no.

–Aquel último día, poco antes de que te fueras, te pregunté si querías ser mi novia.

–¡Vaya! Y yo, supongo..., te dije que no.

–No exactamente. Me dijiste que me responderías la próxima vez que nos viésemos. Así que yo me pasé un año entero pensando en ti; cada día y cada noche. A veces, imaginando que me decías que sí. Otras, dando por seguro que me dirías que no. Pero ya sabes lo que ocurrió: nunca pude salir de la duda, porque al verano siguiente, ya no apareciste por aquí.

Me sentí fatal al escuchar aquello.

–Es verdad. Mi madre y mi abuela se enfadaron durante la cena de Nochebuena de ese año y ya nunca regresamos a Congedo. –Lo abracé fuerte; lo besé debajo de la oreja–. Y lo siento mucho, Ramiro. Siento mucho haberte dejado sin respuesta.

–No fue culpa tuya. Y, aunque lo hubiese sido, han pasado tantos años que ha dejado de tener importancia.

Yo continuaba abrazada a él. Quizá por eso me atreví a seguir hablando.

–Tal vez... podríamos intentar borrar de un plumazo todo ese tiempo. Fingir que no ha pasado, olvidar, hacer como que no hemos dejado de vernos, como que aquella despedida fue ayer mismo y no hace seis años. ¿Qué te parece?

Me había quedado una frase estupenda y, sinceramente, esperaba de Ramiro algo más que el cabeceo dubitativo que siguió a mis palabras.

–Estaría bien poder hacerlo, pero...

–Déjate de reproches. ¿Por qué no vuelves a preguntarme si quiero ser tu novia?

Ya estaba. Más claro, agua, chaval. Entonces, calló. Calló y eso me dio mala espina.

–No, no puedo, Ofelia –dijo, al fin, tras el silencio más largo de mi vida.

–¿Por qué?

–Pensaba que ya lo sabrías, que tu abuela te lo habría dicho.

–Decirme ¿qué?

–Pues que... ya tengo novia.

Toma plancha. Tocaba disimular. «¿Cómo que tienes novia? ¡Pues me importa un pimiento, maldito imbécil...! ¡Ya la estas dejando plantada para venirme conmigo! Pero ahora mismo, ¿eh? ¡Ahora mismo!»

–Ah. Pero..., ¡ejem...!, ¿quieres decir novia... novia? ¿O sea, eso que se llama novia formal?

–Supongo que sí. Bastante formal, al menos. Estamos juntos desde hace dos años. Es de Calatayud; nos conocimos en el instituto. Se llama...

–No me lo digas: ¿de Calatayud? ¡No se llamará Dolores!

–Pues sí. Lola para los amigos.

–¿En serio? No puede ser... ¡Me estás tomando el pelo!

Recuerdo que me pellizqué fuerte, para ver si despertaba del mal sueño en que se había convertido esa mañana. La mañana del reencuentro con un viejo amigo que, sin saber cómo, había pasado a ser el tipo más guapo que yo había conocido. Ese viejo amigo que, seis años atrás, me había pedido que fuese su novia y le di largas Y ahora, que le habría dicho que sí, resulta que se había echado como novia a la Dolores de la copla. ¡Toma! Ah, en medio de todo eso, había estado a punto de morirme. Un detallito.

Supongo que fue la debilidad por mi reciente enfermedad la que me llenó los ojos de lágrimas y el pecho de desánimo. Antes de que me viera llorar, me separé de Ramiro y simulé que me acercaba a la barandilla del mirador para contemplar el paisaje. Él no tardó en seguirme.

–Ofelia...

–No pasa nada –dije, extendiendo el brazo hacia atrás–. Es que me cuesta todavía respirar. Enseguida estaré bien y podremos continuar. Dame tres minutos.

–¿Seguro que...?

–¡Dame tres minutos, por Dios!

–Vale, vale...

Ante mí se abría el abismo. Más allá de la barandilla de troncos podía verse el valle de Congedo al completo, con el pueblo en su centro, como una maqueta ferroviaria sin tren o un belén sin Navidad.

El vacío que tenía ante mí me absorbía. Me atraía igual que un imán a las virutas de hierro. Sin meditarlo mucho, me apoyé en el travesaño y me senté sobre el tronco superior con las piernas hacia fuera.

–Ofelia, ten cuidado.

–Lo tengo.

## EL CÍRCULO

Miraba a lo lejos, pero no veía. Deliberadamente, mantenía la vista desenfocada del paisaje, dejando que las lágrimas dibujasen una acuarela impresionista en mis retinas. Un bello paisaje de colores desvaídos. Impresión sin sol naciente.

Entonces, lo vi.

Primero, fue una imagen brevísima. Visto y no visto. Pensé en un efecto óptico. Pero luego, apartando la vista y volviendo de repente a mirar lejos, logré repetirlo. E incluso mantenerlo.

–Ramiro, ven un momento.

–No irás a tirarme por el barranco, ¿verdad?

–No. Mira el pueblo desde aquí. El pueblo y sus alrededores. ¿Notas algo raro? Porque no sé si solo lo veo yo.

Ramiro paseó una mirada lenta por el paisaje.

–¿Qué tengo que ver? Quizá si me das una pista...

–Achina los ojos.

Ramiro obedeció, pero, de nuevo, acabó negando.

–Lo siento, no veo nada... raro. Es que no sé a qué te refieres...

–Prueba a llorar. Deja los ojos abiertos, sin parpadear, hasta que se te llenen de lágrimas y vuelve a mirar entonces.

Me contempló un segundo como si yo estuviese mal de la cabeza. Pero obedeció.

Dos minutos después, con los ojos arrasados en lágrimas, levantó la cabeza, miró hacia Congedo y, al instante, abrió la boca.

–¡Eh! ¡Ya lo veo! ¡Ya sé lo que dices! El valle tiene dos colores. Dos tonos diferentes. En el centro, hay un círculo distinto, más oscuro, ¿verdad? Es eso lo que dices, ¿no?

–¡Exacto! Hay una zona en la que el terreno tiene otro tono, más apagado que en el resto. Una zona en forma de círculo.

–¡Sí, es cierto! Lo veo, lo veo... Ocupa buena parte del valle. Hacia aquí, llega casi hasta la fábrica de pólvora.

–Exacto.

–¿Qué puede ser?

–A mí me parece evidente. Habéis dicho que en los últimos años los huertos no producen, los árboles se secan, las flores están apagadas... Yo creo que ese cambio de tono coincide con el círculo de sequedad. Eso que mi abuela llama... la maldición.

Ramiro tragó saliva.

–Ostras...

En ese momento, me descabalgué de la barandilla del mirador, para alivio de Ramiro, y me coloqué a su lado.

–¿Sabes? Estoy pensando... Dijo mi abuela que la maldición se va extendiendo. Cada año llega más lejos, ¿no es así?

–Cierto. Al principio, algunos hortelanos se quejaron de que sus huertos habían perdido el vigor, pero casi nadie les hizo caso. Con el tiempo fueron más y más los que admitieron que, a pesar de sus esfuerzos, huertas y jardines se estaban agostando.

–¿Y no se buscó el origen del problema?

–Mucha gente en el pueblo no cree que haya ningún problema. Dicen que a veces vienen mal dadas y hay que aguantar; que la naturaleza es caprichosa; que no está pasando



nada extraordinario que no haya ocurrido anteriormente, de cuando en cuando.

–¿Y tú qué opinas?

Ramiro se alzó de hombros de manera encantadora.

–Yo no opino nada. Mis padres no son agricultores ni hortelanos. Ni siquiera tenemos jardín. Además, los últimos años no he estado pendiente de los asuntos del pueblo. He vivido los nueve meses del curso escolar en Calatayud, preocupado por otros asuntos.

–Asuntos como echarte novia a mis espaldas.

Me miró y apretó los labios antes de responderme.

–Sí. Bueno, y estudiar el bachillerato. Pero, principalmente, lo primero.

Alargué la mano y me enganché de su brazo.

–Supongo que será una chica estupenda.

–Lo es.

–Y muy guapa.

–¡Uf! Guapísima.

–Estoy deseando conocerla. ¿Cuándo me la presentarás?

–Ni lo sueñes.

Permanecimos en silencio un rato más.

–¿Y si mi abuela tiene razón? ¿Y si no se trata de un fenómeno natural sino que existe una causa?

–¿Una... maldición?

–Algo así.

–Si así fuera, ¿qué podríamos hacer nosotros?

Lo de siempre: ¿qué podemos hacer nosotros, simples adolescentes, frente a un fenómeno misterioso, un círculo maligno que se va apoderando del valle desde hace años y ya ocupa una extensión de varios kilómetros cuadrados? Se-

guramente, nada. Pero si me sirve para liar a Ramiro en una aventura que tengamos que correr juntos, ya me vale.

—Algo podremos hacer. Mira: la sequedad se extiende poco a poco y lo hace en forma de círculo. Si pudiésemos determinar dónde se encuentra el centro de ese círculo... podríamos establecer el origen de la maldición. Eso ya sería algo, un punto de partida.

Ramiro dejó de mirarme y se volvió de nuevo hacia el valle.

—¿Por qué cuando hablas siempre parece que lo que dices tiene sentido?

Sonreí, aunque él no lo viera.

—Para hallar el centro, nos bastaría con trazar dos diámetros y ver dónde se cruzan.

—Bien. Podemos intentarlo. Por esta parte, la más cercana a nosotros, el círculo llega justo hasta la fábrica de pólvora. Y en el lado contrario, hasta el molino viejo. Por la derecha —señaló a lo lejos, con el brazo extendido— hasta aquellos campos, tras el roquedo del Quirinal. Me acuerdo bien porque esas tierras son de mi tío, el padre de Telmo. Eran buenos campos hasta el año pasado, pero esta campaña les está yendo mal.

—Claro que les va mal: como que les ha alcanzado la maldición. ¿Y hacia la izquierda?

—La huerta del convento de las monjas.

—Vale. Entonces, trazamos una línea desde el molino hasta la fábrica de pólvora —dibujamos mentalmente sobre el terreno ese diámetro imaginario— y otra que una los campos de tu tío con el convento.

Si alguien nos hubiese estado observando, seguro que se habría partido de la risa, viéndonos mover la cabeza al unísono.

–Listo. Y ahora, hay que encontrar el punto donde se cruzan ambas.

–Eso es.

Nuevo silencio.

–¿Aquella casita de tejado negro, tal vez? –dije, señalando con el dedo hacia la lejanía.

Ramiro tardó en responderme. Supongo que lo estaba comprobando una vez más.

–Es posible. Sí, sí, sí..., en efecto, allí estaría el centro del círculo.

–¿Sabes a quién pertenece esa casa?

Ramiro sonrió.

–Claro que lo sé. En el pueblo, todo el mundo lo sabe. Es la casa del señor Emilka.